



UN RECUERDO

Siendo el 26 del actual el 20^o aniversario de la muerte del preclaro poeta D. Pedro Calderón de la Barca, nos creemos en el deber de rendir un humilde pero entusiasta tributo á su buena memoria, reproduciendo la siguiente bellísima composición de vate tan ilustre, y que es tan poco conocida como mucho de notable. — Dice así:

En la feria de los daños,
Que son mercaderes viejos,
Compré yo á los desengaños
Una carga de consejos
Con dinero de mis años.

Esa tela que rebaja
Tus pensamientos livianos,
Es obra de unos gusanos
Que labraron su mortaja:
También en la tierra baja
La tuya te han de labrar.

¿De qué te sirve anhelar,
Ni en qué tu orgullo consiste,
Si unos gusanos te visten
Y otros te han de desdudar?

*Don P. Calderon
de la Barca*

SUMARIO

I. Un recuerdo. — II. Fin de jornada. — III. El sol perdido. — IV. La virtud y el vicio. — V. El hijo pródigo. — VI. Los pecados capitales. — VII. Piedad, Dios mío. — VIII. En un Hospicio. — IX. El látigo. — X. El huracán y el céfiro. — XI. Sociedad española de Higiene. — XII. ¡Madre mía! — XIII. Enciclopedia infantil.

FIN DE JORNADA



UANDO este número llegue á manos de sus habituales lectores, la juventud estudiosa se estará preparando para los exámenes de prueba de curso, que, según la ley, han de dar comienzo el día primero del mes próximo.

Los ilustrados tribunales, con sus justos fallos, van á decir el provecho que cada cual ha sabido sacar del período de estudios.

Unos terminarán sus carreras, poniendo digno y honroso coronamiento á su obra de tantos años, y otros se aprestarán á sumar uno más en la lista de los pasados, y á restar uno menos en la lista de los que faltan aún.

Para los primeros como para los segundos, se les reserva gran cosecha de felicitaciones por su beneficioso terminar; pero entre todas estas felicitaciones de parientes ó amigos, hay una que debe tranquilizar y satisfacer doblemente al alumno, y es la seguridad de haber cumplido con su deber.

Aquel que no haya empleado el tiempo con utilidad y resulte con la desfavorable nota de *suspense*, no podrá sentir ninguna de esas satisfacciones, y la conciencia, en cambio, le acusará en cada instante el olvido de sus deberes y el quebranto de sus derechos.

No habrá seguramente entre nuestros lectores quien prefiera á los plácemes los remordimientos; y para conquistarse unos y eximirse de los otros, bien escasos sacrificios ha de imponerse: bástale sólo *querer*, ya que *querer es poder*.

La indolencia, la apatía y la holganza son las más terribles enemigas del trabajo, y sabido es que nada ennoblece ni eleva más al hombre que esta santa virtud.

Fin de jornada honrado y honroso será para los que concluyen sus estudios y logren el *título* ansiado.

Fin de jornada preliminar será, y no menos honroso y honrado ciertamente, para aquellos jóvenes alumnos que terminen el período del bachillerato.

Fin de jornada de satisfacción y complacencia será, en fin, para cuantos prueben el curso.

Las Academias, las Sociedades, los gremios están por lo tanto á punto de recibir nuevos individuos que les ayuden en el desempeño de sus respectivas misiones; las aulas cambiarán su contingente de últimos con otro de prime-

ros, y esa sucesión continua que en todo se observa, demuestra la necesidad de que el tiempo se aproveche para que dicha sucesión no se entorpezca ni menoscabe.

Gran número de alumnos concluirán sus estudios y tomarán el grado de bachiller, para comenzar después, sobre tal cimiento, otros nuevos y más superiores.

Amantes por extremo de la instrucción pública, nosotros deseáramos que los conocimientos que comprende la segunda enseñanza fuesen extensivos á la primera, y juntos constituir un fuerte núcleo de instrucción y educación. El carácter de obligatoria con que la revestiríamos vendría á dar robustez al pensamiento, que tan útiles resultados ofrecería ciertamente.

El movimiento progresivo que en el desarrollo de la inteligencia se ha iniciado en todos los países cultos, y el adelanto que se nota más creciente cada día en las artes y las ciencias, demandan, en nuestro sentir, una ampliación en los conocimientos que hasta ahora vienen formando en el plan de estudios para la primera enseñanza, á fin de colocarlos en justa relación.

Aquellos que apenas, si cuando abandonan la escuela para dedicarse á un oficio, saben lo preciso, sabrían después todo lo necesario, ya que en la altura á que hoy se encuentran las artes es fuerza no desconocer, cuando se comienza el aprendizaje de cualquiera de ellas, ciertos detalles teóricos que la práctica va completando.

Las breves nociones de geometría, dibujo, física, química ó historia natural que al presente se dan en los establecimientos de primera enseñanza, creemos son las que desde luego exigen esa ampliación á que nos referimos y estimamos imprescindible. La lógica nos lleva á establecer un principio evidente, y es que la mayor altura y resistencia de un edificio reclama más anchos y profundos cimientos.

Por eso celebraríamos que el programa de las lecciones que constituye la primera enseñanza se reformase en el sentido que hemos expuesto, ó que aquéllas se extendiesen más para que su estudio resultara más lato.

Así, cuando los niños diesen por concluida su jornada de instrucción y educación para consagrarse á un oficio, sería ésta más completa y los progresos futuros más numerosos y más útiles.

Y si esto decimos de los que han de dedicarse á un oficio, como de utilidad y conveniencia, ¿cuánto más ventajoso y de adelanto no será para aquellos que aspiren á continuar los estudios en un orden superior?

De ahí, pues, que nos permitamos llamar la atención de los señores ministro de Fomento y Director general de Instrucción pública acer-

ca de este punto, que nosotros juzgamos de importancia.

Acaso no sea esta la última vez que en el asunto nos ocupemos. Al terminar por hoy, deseamos buena suerte á la juventud estudiosa en los próximos exámenes.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca de la preciosa dolora que con este título publicamos en el número de hoy, debida á la inspirada pluma del eminente poeta y distinguido hombre público, el Excmo. Sr. D. Ramón de Campoamor, uno de los más ilustrados colaboradores de esta Revista.

Sentida idea, galana forma y primorosa estructura sobresalen en tan bella composición, que honra en extremo la musa del que la suscribe, y no menos nos honra á los que con orgullo la publicamos.

EL SOL PERDIDO

DOLORA

I

Un sabio, á cuya hija fué la muerte
De la cuna á arrancar,
Como sabio, á la madre de esta suerte
La quiere consolar:
— ¡Oh, qué inmenso dolor! ¡Esas estrellas
Que ves resplandecer,
Circundaban á un sol más grande que ellas
Que se ha apagado ayer!
¡Cuántos hijos y padres sin consuelo
Habrán muerto quizás
En ese sol que se perdió en el cielo
Para siempre jamás!

II

Mirando con desprecio al firmamento
Mientras el padre habló,
— «¿Qué le importa tu ciencia al sentimiento?
La madre replicó:
— « Si hoy falta en el espacio de una estrella
El pálido arbol,
La cuna de tu hija está sin ella
Como el cielo sin sol.
No hay locura mayor que la locura
De querer comparar
Un sol con aquel sér cuya hermosura
Al cielo fué á alegrar.
¡Ha muerto un sol, mas de la niña bella
Al invencible imán,
En el espacio azul, al paso de ella,
Mil soles brotarán!
¡Ay! ¡Desde el día en que sus labios fríos
Quedaron sin color,
No habrá sol que á los tuyos ni á los míos
Les devuelva el calor!
¡Ya esta cuna vacía nos condena
A eterna soledad! »
Y el sabio murmuró con honda pena:
— ¡Es verdad! ¡Es verdad!

III

¡É implorando los padres sin fortuna
La clemencia de Dios,
Se abrazaron, cayendo ante la cuna
De rodillas los dos!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

LA VIRTUD Y EL VICIO

HISTORIETA

I

LEONCIO y Cándido son dos niños de una misma edad. Los dos son hermosos, y tienen, según el dictámen de los profesores, igual grado de perspicacia intelectual, pero son de muy distinta índole. Cándido es obediente y estudioso: Leoncio es díscolo y holgazán.

— ¿Qué vas á hacer? — preguntó Leoncio.

— Voy á estudiar la lección — respondió Cándido.

— Pues yo me voy á jugar con mi velocípedo.

— Mejor es que te vengas á estudiar conmigo; así sabrás la lección mañana.

— ¿Qué me importa á mí saber ó no la lección?

— Te castigarán.

— ¿Qué me importa que me castiguen? Tendré el consuelo de hacer rabiar al profesor.

— Nadie te querrá bien.

— ¡Bah!.. No seas tonto, vente á jugar conmigo; nos divertiremos mucho con el velocípedo.

— De ningún modo: ante todo es la obligación. Adios.

Al día siguiente, Cándido obtuvo un premio y continuó siendo estudioso. Leoncio recibió un castigo, y por despecho persistió en ser díscolo y desaplicado.

II

Ambos niños ingresaron en la segunda enseñanza, y siguieron muy distinta senda. Cándido asistía puntualmente á las aulas, distinguíase por su aplicación y comportamiento, obteniendo en todos los exámenes la mejor calificación. Leoncio se entretenía en diversiones, concurría á los garitos de juego, se movía de sus profesores, vendía los libros de texto, y como consecuencia, salía suspenso en los exámenes.

Un día se encontraron, y hablaron así:

— ¿Dónde vas? — preguntó Leoncio.

— Al Instituto — respondió Cándido. — ¿Y tú?

— Yo al juego.

— Haces mal.

— No tal; disfruto de la vida y me divierto. Tú sí que haces mal.

— ¡Cómo! Cumplo con mis obligaciones.

— Eres un gallina. No fumas, ni bailas, ni juegas... debes vivir completamente aburrido.

— Al contrario, tengo grande satisfacción en ser bueno.

— Déjate de eso. ¿Quieres que te presente al garito?

— No. Te aconsejo que te enmiendes.

— ¡Bah!.. Adios.

III

Cándido se graduó de bachiller en artes, con grande satisfacción de su familia, que concebía grandes esperanzas acerca del porvenir del joven y aprovechado estudiante. Su inteligencia

se iba agrandando, y sus virtudes íbanse fortaleciendo.

En el mismo día se supo que Leoncio, á consecuencia de una riña, en que infiriera varias heridas á un compañero de calaveradas, estaba en la cárcel, con grande sentimiento de sus padres, que comenzaban á concebir serios temores acerca del porvenir del pervertido joven.

Cándido visitó á Leoncio en la cárcel, y le hizo juiciosas reflexiones acerca de su mala conducta. Pero Leoncio le contestó con desdén:

— Déjame en paz, y vete á predicar moral á otra parte.

— Mira que vas por el camino de tu perdición.

— ¿A tí qué te importa?

— ¡Desgraciado!..

— Te digo que no quiero oírte.

— Vas á matar á tus padres á disgustos.

— Que mueran.

— ¿Con que estás decidido á perderte?

— O á ganarme, ¿qué sabes tú?

— Pues... ¡adios!

Pocos días después, Leoncio logró burlar la vigilancia de los carceleros, y se evadió de un modo temerario, sin que en mucho tiempo se supiese nada de su paradero.

IV

Cuatro años después, Cándido se graduaba de doctor, haciendo unos brillantes ejercicios literarios, y volvía de la Universidad á su casa alegre, satisfecho, deseando abrazar á sus queridos padres.

Tenía que atravesar un extenso bosque, que separa la villa donde sus padres vivían de la capital de la provincia. Iba á caballo sin compañía alguna, y ya las sombras de la noche comenzaban á invadir el bosque.

Al llegar á lo más solitario, le llamaron la atención dos hombres que se recataban á la sombra de los árboles, y parecían esperarle á uno y otro lado del camino.

Al pasar cerca de ellos le dieron el alto, descendieron al camino, le obligaron á apearse y á entregarles el dinero y prendas que consigo llevaba. Cándido intentó defenderse con valor; más se detuvo sorprendido al reconocer á uno de los ladrones: era Leoncio.

— ¡Cómo! ¡Tú aquí, Leoncio! — exclamó Cándido.

— ¡Calla! ¿Eres Cándido? — dijo Leoncio no menos sorprendido.

— Yo soy. Estás horriblemente desconocido.

— Tú estás hecho un caballero.

— Pero ¿has querido chancearte conmigo, ó es verdad que te has metido á bandolero?

— Para que veas si va de veras, te repito que me entregues la bolsa; sentiría tener que usar de la fuerza.

— Eres un infame.

— Sí, mas no consiento que me lo digan.

— ¿Te atreverás á robar á tu amigo de la infancia?

— ¡Bah! A mi propio padre robaría si por aquí pasase.

— ¡Malvado! — exclamó Cándido con indignación.

V

Cándido siguió con honra y provecho la carrera de la magistratura, siendo querido y respetado de cuantos le conocían por su clara inteligencia y vasta instrucción, por sus virtudes, por su rectitud é integridad, y llegó en pocos años á ocupar una elevada posición social.

Leoncio, por sus crímenes, era el terror de los pueblos comarcanos. Después de una asídua persecución, cayó en manos de la guardia civil, y fué encerrado en un calabozo y cargado de cadenas en tanto que se formulaba la causa.

Cándido, con harto sentimiento suyo, tuvo que intervenir en este asunto judicial. El reo fué condenado á muerte.

En el mismo día en que se celebró el casamiento de Cándido con una señorita sumamente hermosa y muy rica, que amaba con pasión profunda, quedando así asegurada su ventura, en el mismo día subió Leoncio al cadalso, y pagó con la vida los sangrientos crímenes que cometiera durante algunos años, siendo escándalo y terror de las gentes, que, al verlo fenecer, juzgaban que la sociedad quedaba libre de un dañino monstruo.

En un mismo día llegaron Cándido al colmo de su ventura, y Leoncio á lo más terrible de su desgracia.

Leoncio, al caminar al cadalso, rodeado de una multitud de gente curiosa, vió no lejos de sí á Cándido, que le contemplaba con honda conmiseración; y alargando hacia él la mano como despidiéndose, le dijo:

— ¡Adios!

— ¡Infeliz! — exclamó Cándido — ahora comprenderás que eran razonables mis consejos.

— Sí — respondió el reo suspirando — pero lo comprendo tarde.

— Dios te perdone.

— Así lo espero; encomiéndame á él.

VI

Hagamos, por vía de epílogo, el paralelo entre los dos jóvenes.

Cuando niños, ambos manifestaban iguales dotes de inteligencia; podían seguir un mismo camino con idénticas ventajas. Si Cándido se hubiese aficionado al vicio y á distracciones de mal género, acabaría por ser tan criminal como Leoncio. Si Leoncio hubiera seguido desde el principio la senda de la virtud y la aplicación, llegaría á ser tan estimado y feliz como Cándido.

Leoncio es el tipo del joven vicioso, que comienza á ser malo por distracción, va encenagándose cada vez más en el vicio, y acaba cometiendo sangrientos crímenes y muriendo afrentosamente en el cadalso.

Cándido es el tipo del joven virtuoso que hace cada día nuevos progresos en la virtud y ciencia, llega á ocupar honrosos puestos en la sociedad en premio de continuos desvelos, y termina alcanzando el término de la felicidad deseada.

Amados niños, que Cándido os sirva de ejemplo, y Leoncio de escarmiento; amad siempre la virtud, y evitad el primer paso en la pendiente de la perversión.

MANUEL GONZÁLEZ ALVAREZ.

GRABADO

EL HIJO PRÓDIGO.



NADA más tranquilizador para la conciencia del hombre, que la seguridad de haber cumplido con exactitud sus deberes.

Punto es éste que se presta á largas consideraciones por su variado aspecto, y por la alta significación que tienen cuantas circunstancias pueden rodearle, y del que nosotros, con motivo del grabado que sigue á estas líneas, vamos á ocuparnos con la latitud que nos consientan otros materiales que han de llenar imprescindiblemente las columnas de esta Revista en el día de hoy.

Bien puede decirse que el cumplimiento del deber es el precepto moral de más trascendencia que obliga á la humana criatura con obligación más perentoria, y cuyo olvido ó abandono es de resultados lamentables y tristes siempre.

Porque cuando el deber no se cumple, se rompe la armonía que debiéramos conservar, incólume é inalterable, entre la propia conciencia y la propia dignidad.

De ahí que pueda sin vacilación alguna publicarse como axioma que todo aquello que nos acontece y lleva al alma desde el más leve indicio de molestia, al dolor más profundo ó á la más intensa desgracia, es por virtud de la ruptura de la armonía á que antes nos referíamos.

Pocas veces nos paramos á meditar en el origen de los males que nos aquejan, y muchas menos á discurrir sobre las causas ocasionales que les producen; pero nos atrevemos á exponer que si á ello nos detuviéramos, hallaríamoslas seguramente en esa misma falta de armonía.

Lo que hay es que nunca el hombre quiere confesarse pecador por sí propio para no acusarse de torpe ó indigno, y atribuye á los demas, ó á lo imprevisto, ó al acaso, el accidente que experimenta ó la contrariedad que sufre.

No hay duda, pues, apreciables lectores, de que el cumplimiento exacto de los deberes es la piedra angular del edificio de nuestra tranquilidad y de nuestro sosiego.

Miles y miles de consideraciones, ejemplos y sucedidos pudiera presentaros en corroboración de lo expuesto; mas para llevar á vuestro ánimo la convicción más íntima, creo baste únicamente con que os refiera el pensamiento que inspiró al artista la lámina que teneis delante, titulada *El hijo pródigo*.

Todos vosotros, á buen seguro, sabreis de memoria la parábola que con este mismo nombre encierran las páginas de las Sagradas Escrituras como referida por Jesús. Pues bien; en esa parábola descansa el tema de este artículo.

Las imaginaciones juveniles, tan propensas á la exaltación, á las lucubraciones ideales, al capricho impremeditado, se imponen con más frecuencia de la que fuera de desear é invitan con sus desvaríos al olvido del deber.

De ahí, por lo tanto, esa variada narración

de hechos tristes por sus consecuencias, y por sus móviles censurables, que nos detallan diariamente las ligerezas, las locuras, el desenfado y la expiación que cometen y sufren los niños y los hombres que faltan al cumplimiento de su deber, arrastrados por las seductoras y envenenadas corrientes de los placeres ficticios, de las esperanzas mentidas y de las ilusiones engañosas.

Tan extensos y sonrientes son los horizontes que se descubren á la vista del que, engañándose, se lanza á la vida de los devaneos, como en estrechos y oscuros se tornan al imponerse la verdad y al imponerse el desengaño en toda su desnudez.

Entonces es cuando, como el hijo pródigo de la parábola, abre los ojos á la esplendente luz de la clara razón y llora por el tiempo perdido, por la falta cometida y por el deber olvidado. Y vuelve al seno del doméstico hogar, del que no debió huir, para confesar su crimen, interponer cariñosa solicitud de indulto y pedir de rodillas el perdón de sus culpas y de sus extravíos.

El jefe de la familia, que, como amante pastor, ha visto con honda pena descarriarse una oveja de su rebaño por rumbos inciertos y con marchar inseguro, cambia el dolor de la huida por el placer del regreso, y recibe al prófugo abiertos los brazos, llorosos los ojos, satisfecha el alma y saltándosele el corazón de alegría.

— ¡Qué le tengo de hacer, si soy su padre y él es mi hijo al fin!

Así exclama como para justificar sus lágrimas y su clemencia. Que el cariño paternal todo lo cura, todo lo embalsama, todo lo olvida, todo lo perdona.

Triste y dolorosa pero edificante enseñanza es la que nos ofrece el hijo pródigo con su vida aventurera y su momento de expiación.

Mereciera, sin duda, castigo más fuerte su tan grave pecado; pero el amor del padre se vuelve con facilidad en dirección á la dulzura, y se inclina, sin gran esfuerzo, á la noble indulgencia.

Tanto ha sufrido mientras el hijo de sus entrañas estuvo ausente; tan lejos se creía de volverle á ver, que ahora que sus ojos le admiran, y sus manos le tocan, y sus labios le besan, y sus lágrimas invaden la frente de la oveja descarriada, como si con ellas pretendiese borrar la falta cometida, no sabe sino olvidar el mal pasado ante el placer venido y la tranquilidad futura.

Un nuevo y amoroso tinte parecía demandar el cuadro del hijo pródigo. El discreto artista que le ideara así tambien lo comprendió, y señalóle al efecto con arte, inspiración é inteligencia.

La angelical hermana del perverso niño, supo el retorno de su fugitivo hermano; y cuando ya tantas oraciones había rezado en cariñosa y ferviente súplica al Supremo Hacedor para que deparase salud y ventura al hijo rebelde y al hermano esquivo, saltaba de placer y de alegría al enterarse de nueva tan grata; y sin cálculos de distancias ni de procedimientos, á la ventana se asoma ganosa de admirar cuanto antes al voluntario peregrino.

Dos amores unidos en haz apretado y para siempre, forman el venerable padre y el atolondrado hijo. Enlázalos al uno con el otro la gozosa sonrisa de la buena niña, que en ambos encuentra su apoyo, su defensa, su amparo y su sosten.

Trinidad santa de las familias, que tantos rencores extingue, y tantos disgustos amengua, y tantas aflicciones calma.

Compadeced vosotros, lectores apreciables, á cuantos siguen, engañados, la conducta del hijo pródigo.

Perdonadles sus errores si al retorno se postran arrepentidos ante la augusta respetabilidad del autor de su existencia en demanda de olvido á las faltas cometidas y á los sinsabores causados.

Aprended en su duelo y en sus torturas á ser buenos, obedientes, sumisos y partidarios entusiastas del exacto cumplimiento del deber que os obligue.

Todos en este mundo tenemos trazado el círculo dentro del que nos debemos mover y realizar nuestras aspiraciones.

A nadie nos es dado alegar ignorancia respecto á lo que de nosotros exigen las relaciones que nos ligan con la sociedad.

Desde bien niños se nos enseñan nuestras obligaciones para con Dios, para con los demás y para con nosotros mismos.

Si á ellas ajustamos todos los hechos de la vida; si á ellas acudimos en busca de inspiración y moldes para cuantos actos realicemos; si ellas nos sirven de norte y guía al desarrollar los pensamientos formados en la imaginación; si no olvidamos lo que nos prescriben y no nos salimos de la senda que nos trazan, habremos cumplido exactamente nuestro deber, conservando incólume é inalterable esa armonía entre la propia conciencia y la propia dignidad de que hablábamos al principio, y nos veremos libres de los remordimientos y la intranquilidad de espíritu que acompañan siempre, y cual fúnebre cortejo, al olvido de los deberes.

No les olvideis nunca vosotros, apreciables lectores de LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS.

Que la parábola del hijo pródigo os sirva de ejemplo sano.

¿No es cierto que os servirá?

Seguramente.

GREGORIO BARRAGÁN.

EL REGALO DE ESTE NÚMERO

COLECCIÓN DE PLANAS PAUTADAS.

Ahora que la época de los exámenes se aproxima, hemos juzgado muy propio del momento regalar á nuestros suscritores una bonita colección de planas pautadas en lindos cromos, á fin de que los niños y niñas las escriban y prueben sus adelantos en caligrafía.

Las publicamos completas, porque sería ofender la virtud de la aplicación que seguramente adorna á todos y á cada uno de nuestros suscritores, si supusiéramos que aún no escribían sin *seguidero*.

Un ruego nos resta:

Poned cuidado, mucho cuidado, y sobre todo no dejad caer ningún borrón.



EL HIJO PRÓDIGO.

LOS PECADOS CAPITALES

IRA.

III



ERRIBLE pasión es la *ira*, querido Pepito —dijo Angel dirigiéndose á su perro— y así espero, amigo mío, que al poner en acción pecado tan feo y tan general en los niños, procures no excederte en su caricatura, pues con tu sistema de exagerar los papeles que desempeñas pudiera llegarse á creer por algunos que estabas hidrófobo, y debes saber que todos tienen derecho á matar un perro rabioso.

No debió sentar muy bien á nuestro héroe este oxordio, porque violentamente se puso en pié sobre sus patas, y aproximándose con la mayor osadía á su bienhechor, le miró encolerizado y le soltó un estridente ladrido de furor.

Angel, asustado, retrocedió un paso, y con la mayor dulzura le dijo:

— No sé qué ha podido ofenderte de lo que te he dicho, amigo mío; pero ten entendido que ni á mí ni á ninguna persona prudente nos impone tu coraje, digno solamente de un mentecato, y de excitar con él la risa de los que le presencian...

La soberbia y la rabia de D. Pepito no tuvieron ya límites á estas despreciativas palabras de su amo, y furioso, desmelenado, con los ojos chispeantes y la boca llena de espuma, arremetió contra Angel, que, armado con el cojín, se le puso delante para impedir que le mordiera las pantorrillas.

En esta escena, prolongada unos cinco minutos, D. Pepito ladraba furiosamente, mordía el cojín no pudiendo hacerlo á su amo, hacía presa en la alfombra, y no sabiendo ya á quién dirigir sus ataques para desfogar la *ira*, se revolvió contra sí mismo, y mordiéndose su propia cola, principió á dar vueltas rápidas y vertiginosas sin cambiar de sitio, hasta que rendido, jadeante y en un estado que daba compasión, quedó tumbado en el suelo como muerto ó accidentado y en la posición más ridícula.

Asombrado, y aún asustado el infantil auditorio ante tan bien ensayada escena, la generalidad de los niños perdieron de repente las grandes simpatías que hasta allí habían manifestado á D. Pepito, no faltando algunos que le llamaran feo, mal enseñado é iracundo, y que deseaban retirarse por no verle más.

Conmovido Angel ante el espectáculo de ver á su amigo despreciado y vilipendiado, se arrojó junto á él, que permanecía sin moverse en la actitud que cayó, y acariciándole, con voz tierna é insinuante le dijo:

— Aquí tienes, querido mío, las consecuencias de la brutal pasión de la *ira*. Todas las buenas prendas que posees y por las que te habías grangeado el cariño de tantas personas, todas las has oscurecido y hecho olvidar con tu soberbia y con tu coraje.

No sólo el iracundo es despreciado, sino que también es temido de todos, y todos huyen de él como de un sér apestado y perjudicial. Si el iracundo es poderoso, todos le temen y le aborrecen; si es débil, le desprecian y se mofan

de su impotente soberbia; y en ambos extremos, su *ira* concluye siempre por ser su propio verdugo, que de hermoso le convierte en monstruo de fealdad y de insensatez, que con sus propios dientes se desgarrá á sí mismo.

Don Pepito pareció volver en sí á la conclusión de esta arenga; y como si efectivamente estuviera molido y quebrantado del acceso de *ira* que acababa de pasar, se levantó cojeando, y con muestras de desfallecimiento se dejó acariciar y arreglar las lanas por su amo.

— Para probarnos —continuó éste— que sabes ejercitar la virtud de la *paciencia*, que es la recomendada contra la *ira*, á pesar de tu molimiento y de tu malestar, consecuencia de tu rabieta, ahora te vas á poner sobre el cojín en la postura que sea más incómoda para tí, y en ella vas á permanecer todo el tiempo que mis compañeros tardan en comer los dulces y las golosinas que tienen en las manos. De este modo todos menos tú descansaremos, hasta que nos pruebes que posees á la perfección el arte de manifestar en lo que consiste la virtud de la

PACIENCIA.

Dócil y sumiso D. Pepito saltó al cojín, y sentado sobre sus patas y en alto las manos, se preparó resignado á permanecer en esta actitud, ínterin los pequeños espectadores se distraían charlando y devorando galletas y paste-lillos.

Angel se retiró al rincón de donde había salido al principiar sus trabajos y los de Don Pepito; y allí, que era donde se hallaba Magdalena, su madre, recibió con un beso de ésta el galardón más preciado para él por su habilidad y paciencia en educar perros sabios.

Un cuarto de hora duraría este descanso ó entreacto, y el pobre D. Pepito, casi olvidado de todos, permaneció inmóvil y de pié sobre su cojín, sin manifestar impaciencia ni cansancio á pesar de su incómoda postura.

Por fin Angel volvió al círculo, y á una señal el animalito recobró su natural actitud cuadrúpeda para escuchar de su amo este razonamiento:

— Nos has dado, amigo mío, una prueba de tu *paciencia* con permanecer en posición incómoda para tí un buen rato; pero esto, sin embargo, no creo sea lo suficiente para borrar la mala impresión que con tu *ira* has producido en gran parte de los espectadores. Es necesario que te reconcilies con éstos pidiéndoles perdón, y sufriendo con *paciencia* los cargos ó reproches que se hagan por tu pasada conducta.

Con mesurado paso y humilde actitud, don Pepito penetró entre la concurrencia infantil, que, mal impresionada aún por el acceso de *ira* que acababa de manifestar, lejos de admirarle y acariciarle como lo había hecho hasta allí, se torcía y replegaba para abrirle paso, y que, si era posible, no los rozase con su cuerpo. Delante de una niña pequeña que se ocultaba toda asustada entre las rodillas de su mamá, Don Pepito se arrastró á sus piés, que lamía, se restregaba después en sus vestidos y la miraba con tal ternura y arrepentimiento que

concluyó la criaturita por perder el temor y hacerle caricias.

Otro niño, asustado al ver que se le acercaba y creyendo sin duda que le iba á morder, le dió un golpe con el pié que le hizo rodar.

Lejos de manifestarse resentido el pobre animal ante este acto, más instructivo que cruel, se levantó sobre sus patas é hizo algunos ejercicios y varias actitudes cómico-burlescas, concluyendo por el ya ejecutado de arrojar á quien tan mal le trataba besos con sus manitas. Ante tales pruebas de *paciencia* y de *humildad*, el niño, arrepentido de su impremeditado proceder, cogió al perro entre sus brazos y le hizo mil sinceras caricias; con lo que sin duda quiso probar al auditorio que le pesaba haber obrado mal con el iracundo arrepentido.

Unánimes aplausos mostraron á Don Pepito que con sus pruebas de *paciencia* había vuelto á recuperar las perdidas simpatías, y gozoso, alegre y juguetón volvió al lado de su amigo, que también le recompensó con sus besos y caricias.

— Ahora, amigo mío —dijo Angel— que estamos ya todos en buena armonía, razón será que nosotros también tengamos nuestro ratito de expansión y de *gaudeamus*, para lo cual tengo reservado un plato de la golosina que á tí te gusta más, de barquillos rellenos.

Al oír la clase de manjar que Angel dijo iba á poner á disposición suya, Don Pepito creyó volverse loco de alegría, manifestándola con saltos, carreras y ladridos. El niño dejó á su perro entregarse á estos trasportes, y penetrando en las habitaciones interiores del colegio, salió á poco trayendo en la mano una batea llena de barquillos, que aparentaba un volumen mucho mayor que todo el cuerpo de su compañero.

Entre las demostraciones de alegría de Don Pepito al ver en perspectiva su manjar predilecto, Angel colocó los barquillos sobre el cojín y dijo á su compañero:

— Espérame, que subo al cuarto de mamá Magdalena á por otra cosa riquísima que allí tengo reservada, y que no te ha de gustar menos que ésta.

Y el niño desapareció del salón, quedando Don Pepito frente á frente con la batea de los barquillos.

(Se continuará.)

CAVETANO COLLADO.

PIEDAD, DIOS MIO

Mi padre sufriendo,
Mi madre rezando,
Y yo silencioso
Ahogándome en llanto:
Sin una ventura,
Así nos pasamos
Las horas, los días,
Los meses, los años.
—¡Dios mío, clemencia!
Le oigo suspirando
En el triste lecho
Donde está postrado.
—¡Clemencia, Dios mío!
Repito llorando
Mi madre; y yo digo:
—¡Clemencia, Dios santo!

FRANCISCO DE ARECHAVALA.



EN UN HOSPICIO

Es la preciosa humildad
fuente de felicidad.



EMOS prometido, apreciables niñas, referiros la historia de María y de su hija Leonor.

Cumplamos nuestra promesa.

Apenas adquirió María la triste persuasión de que su marido había perecido en el naufragio del buque que lo conducía á Europa, resolvió colocarse de doncella en alguna casa acomodada.

Hizo con este objeto algunas gestiones, y encontró en seguida diferentes casas buenas; pero en ninguna querían recibir á la niña. En vista de este inconveniente, decidió, aunque sintiendo separarse de su adorada hija, solicitar su entrada en un establecimiento de beneficencia semejante al Hospicio, donde al fin fué recibida.

La cariñosa madre trabajaba sin descanso y con placer, pensando siempre en el porvenir de su pequeña Leonor.

Ganaba treinta pesetas mensuales, de las que destinaba veinte para su hija, depositándolas en el Montepío, y con las diez restantes se vestía, muy humildemente por cierto, y cosiendo ella misma sus modestos trajes en los momentos que le dejaba libre su destino.

Ya sabeis, apreciables niñas, que la desenfrenada pasión al lujo es perniciosa para vosotras. Si la madre de Leonor hubiese gastado cuanto ganaba en lujosos trajes, habría perjudicado á su hija y acaso á ella misma en su reputación.

La niña estaba contenta en el Hospicio, porque era bien tratada por la directora del establecimiento. No carecía allí de nada; había alimentos sanos, vestidos cómodos y sencillos, camas limpias, y habitaciones espaciales y ventiladas.

Recibía, por otra parte, una educación esmeradísima, é iba insensiblemente adquiriendo una instrucción racional y de grandes aplicaciones.

Ni siquiera carecía allí de los consuelos de su madre, porque la buena María no dejaba pasar un domingo sin ir á verla y pasar á su lado toda la tarde.

En una ocasión en que María estaba al lado de su hija, decía ésta con un candor y una alegría que encantaban:

—¿Sabes, mamá, lo que me ha dicho nuestra buena directora?

—¿Qué te ha dicho, hija mía?

—Ya verás... Ayer, como era sábado, vinieron algunas señoras á visitarnos. Preguntaban mucho; todo lo querían saber... Decían que cuál era la niña más juiciosa, cuál la más aplicada, cuál la más dispuesta, cuál tenía más afición á las labores, cuál á los libros... y otras muchas cosas. La directora dijo que yo tenía una gran disposición para el dibujo, que copiaba primorosamente las flores del jardín, y que las hacía artificiales con bastante parecido. Aquellas señoras me besaron, y me dijeron que fuese buena y aplicada.

—¿Y tú lo prometiste?

—¡Vaya!... Yo les prometí ser muy buena

y aprender mucho, para luego ser útil á mi adorada mamá, que tanto me quiere.

María estaba conmovida de escuchar á su hija; le dió un beso que expresaba toda la pureza é intensidad de su cariño, mientras que dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

La inocente niña, apresurándose á enjuagarlas cariñosamente, preguntaba:

—¿Lloras, mamá mía?... ¿Qué tienes?

—Nada, hija mía; estas lágrimas son de placer.

Como María estaba poco tiempo al lado de su hija, ésta preguntaba muchas cosas, cuya contestación deseaba impaciente.

Entre otras cosas, le dijo:

—Pero, mamá, ¿no me hablas nada de Enriqueta? ¿dónde está? ¿por qué no viene?

—Enriqueta está con su mamá —contestó María—procurando disimular su emoción.

—¿Por qué no la traes un día? ¡Si supieras cuánto deseo verla!... Como hemos jugado juntas tanto tiempo...

—Ya la verás alguna vez, hija mía.

Despidióse María de su idolatrada hija hasta el próximo domingo, y al darse el último beso decía la niña al oído de su buena madre:

—¿Cuándo me llevarás contigo para siempre?

—Aplicate, hija mía, sé buena, y así te vendrás más pronto conmigo.

—Te lo prometo, mamá. ¡Adios, adios!

Otra tarde en que María fué á ver á Leonor, y después de las caricias que recíprocamente se prodigaron, dijo la niña:

—Mamá, ¿no sabes lo que ha sucedido? Escúchame: una niña que había aquí con nosotras, sin padres, y al parecer sin familia ninguna, ha salido para ser marquesa.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Que ha heredado. Parece que le quedaba un pariente que la tenía olvidada, pero que á la hora de su muerte se ha acordado de ella y le ha dejado todas sus riquezas.

Después le refería sus adelantos, especialmente en el dibujo, y le enseñaba las preciosas flores que había hecho, con las cuales formaba preciosos ramos con un arte y con un gusto admirables, proporcionando á su querida madre la más grata de las satisfacciones.

Así iba el tiempo pasando hasta que la niña cumplió diez y ocho años, época en que era ya una verdadera artista, pues hacía unas flores tan bellas y tan limpias que parecía que acababan de brotar del cultivado tallo.

La madre entonces la llevó á su lado. Dejó Leonor con gran sentimiento aquel asilo de caridad, á que debía su esmerada educación y en donde había recibido tantos beneficios; pero iba con frecuencia á visitar á sus compañeras y á su buena y cariñosa directora, dando así muestras de la gratitud que rebosaba en su alma.

Como María fué tan económica y tan aplicada durante los ocho años que su hija permaneció en aquella casa de beneficencia, se encontró con cerca de dos mil pesetas ahorradas. Con este pequeño capital puso una modesta tienda de florista; y fué tanto lo que llamaron la atención las bonitas flores que la habilidosa Leonor puso en el escaparate, que en breve tiempo acreditó su establecimiento, lo mejoró

y se proporcionó un bienestar decoroso y seguro.

La mayor satisfacción de aquella hija tan buena, nacía de tener á su lado á su virtuosa madre.

María había hecho toda clase de sacrificios por su hija; pero ahora ésta los recompensa siendo el apoyo de su ancianidad y el consuelo de sus antiguos pesares. Eran ambas felices. ¡Bendita sea la virtud, manantial eterno de felicidad!

—¿Y qué será de la pobre Enriqueta? preguntarán acaso nuestras jóvenes lectoras.

Vamos á decírselo.

Un día en que iba de paseo la apreciable Leonor acompañada de su madre, vió acercársele una niña andrajosa, pálida y descarnada que le pedía una limosna.

Fijóse Leonor en ella con lástima, y creyendo reconocer su fisonomía, se detuvo, la interrogó y al fin reconoció á la desgraciada Enriqueta.

Leonor, que era tan buena, se arrojó en los brazos de su infeliz amiga de la infancia, la colmó de besos, la llevó á su casa, la vistió decentemente y la proporcionó cuanto necesitaba.

Procuró además cultivar por la educación y la instrucción aquella alma todavía pura, pero que pronto hubiera caído en la hediondez del vicio, y por último, la enseñó la manera de hacer flores, con lo cual ganaba lo suficiente para atender á todas sus necesidades.

Entonces reconoció Enriqueta que todas sus desgracias procedían de la vanidad, y repetía muchas veces á su amiga y protectora:

—¡Ojalá que mi madre me hubiese colocado también en un Hospicio!... No hubiera yo sufrido tanto, y acaso tendría hoy el placer de abrazar á mi querida madre, y ser el apoyo de su ancianidad y el consuelo de sus pesares.

DIEGO VIDAL.

EL LÁTIGO

FÁBULA

La madre de un muchacho campesino, ganaba de comer hilando lino; y el muchacho, grandísimo galopo, le hurtaba una porción de cada copo. Juntando las porciones fué tegiendo un látigo tremendo, con la villana idea de zurrar á los chicos de la aldea. Los ocios del amigo no eran buenos; la intención, por lo visto, mucho menos. Dióse á pelar la rueca tanta prisa, que hubo la madre de notar la sisa; y registrando con afán prolijo el arca donde el hijo guardaba con su ropa sus peones, el látigo encontró de repelones. Cogióle furibunda, y al muchacho le dió tan recia tunda que, á contar de las piernas al cogote, no le dejó lugar libre de azote, diciendo al batanarle de alto abajo: —¡Mira cómo te luce tu trabajo! A robar te llevó tu mal deseo, y con el robo yo te vapuleo.

Siempre verás que el vicio se labra por sus manos el suplicio.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

EL HURACÁN Y EL CÉFIRO

FÁBULA

«Yo soy fiero, terrible,
yo soy valiente y fuerte,
conmigo va la muerte
y las desdichas van,
yo todo lo destruyo
con mi presencia fiera.»
Así de esta manera
decía el Huracán.

«Yo soy humilde y blando,
amable y bondadoso;
yo beso cariñoso
las flores del pensil;
de todos soy querido
por mi cortesanía.»
Así le respondía
el Céfiro sutil.

Las flores le escucharon
sus cálices abrieron,
y en un punto dijeron
todas con tierno afán:
«A tí, Céfiro amante,
por bueno te adoramos,
tanto como le odiamos
por malo al Huracán.»

*Triste del que en la tierra
malvado y fiero ofende,
y dominar pretende
por medio del terror.
Dichoso el que es humilde
y á hacer el bien se inclina,
dichoso el que domina
por medio del amor.*

VENTURA MAYORGA.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE

Esta Sociedad, en virtud de haber significado su deseo muchas señoras de asistir á las sesiones científicas, ha resuelto celebrar éstas en lo sucesivo en el aula cuarta del instituto del Cardenal Cisneros, por ser demasiado reducido el salón de grados, donde se verificó la anterior. Estas reuniones tendrán lugar todos los jueves, habiendo tenido lugar la primera el 11 próximo pasado.

El distinguido arquitecto Sr. Belmás eyó un trabajo curiosísimo sobre la permeabilidad de los terrenos. Dicho trabajo fué tan bien recibido que probablemente se publicará, pues los eminentes catedráticos que presidieron la sesión lo juzgaron de grande interés y muy digno de que se propagara.

Por esta razón nos limitaremos á decir que, además de manifestar el carácter que debía tener las conferencias de la sociedad y el plan que debía seguirse para estudiar las causas de la mortalidad de Madrid, el Sr. Belmás desarrolló tres temas, que calificó de otras tantas causas esenciales de dicha mortalidad: 1.^a La permeabilidad del suelo de las calles y el mal sistema de pavimentos. 2.^a La falta de luz y ventilación directa en las casas y la exigüidad de los patios. Y 3.^a La comunicación directa y constante de los retretes y las alcantarillas.

Sobre estas últimas causas manifestó dicho arquitecto que se extendería largamente en otras sesiones.

Nos atrevemos á decir que si en ellas presenta datos tan curiosos como en la anterior, llamarán justamente la atención las sesiones de la Sociedad española de Higiene.

Después del Sr. Belmás habló el Sr. Tellez Vicens sobre la higiene de las habitaciones, manifestando las medidas que debe adoptar el Ayuntamiento para la salubridad pública.

A las once terminó la reunión, á la que asistieron muchas señoras.

La tercera sesión se celebrará el viernes próximo, por ser el jueves día festivo

El Sr. Mendez Álvaro presidió el acto.

¡ MADRE MIA !

¡Ay, cuántas noches,
Cuando en el valle
Perlas de nieve
Caían suaves,
Junto á mi cuna
De tierno infante,
Viéndome enfermo,
Lloraba un ángel!..
¡Madre bendita!
¡Mi buena madre!
Tú me curabas
Sólo besándome.

Hoy que á la suerte
Cruzo este valle,
Viendo los años
Pasar fugaces,
Sin ambiciosos
Locos afanes,
Que á unos dan gloria
Y á otros caudales,
Con mi pobreza,
Con mis pesares,
Con este oscuro
Triste carácter,
Sin ilusiones
Leves ni grandes,
Sin más amores
Que los de antes..
¡Madre bendita!
¡Mi hermoso ángel,
Ven, dame un beso,
Quiero aliviarme!

FRANCISCO DE ARECHAVALA.

ENCICLOPEDIA INFANTIL

El uso de las vergas en los buques comenzó en el siglo XIII (antes de Jesucristo), y en el mismo se fabricó loza vidriada, y se trabajaba el oro, plata y otros metales.

El bordado en oro y plata ya se conocía en el siglo siguiente.

Los ejércitos permanentes datan desde el siglo X (antes de Jesucristo).

En Grecia se acuñaron monedas de oro en el siglo IX.

En el VIII se dió aplicación al imán, y en los buques se llevaban anclas.

Los cartagineses blanquearon la cera, y comenzaron los astrónomos á calcular los eclipses con anticipación en el siglo VII (antes de Jesucristo).

El jabón, trasportado de Italia, se introdujo en España el siglo IV de la Era cristiana.

Comenzó el uso de los cirios en los templos el siglo V.

En el VI se daban varias aplicaciones al pergamino, y se introdujeron en España las campanas, conocidas de antiguo por los chinos, hebreos y egipcios, y casi al finalizar el siglo se dió aplicación para la escritura á la pluma de ave.

El conocimiento del cristal se debe al monje Benalt (764).

El año 850 fué empedrada Córdoba, 335 años antes que París.

En el siglo X los árabes introdujeron en nuestra patria el papel de trapos de algodón; lo fabricaban en Játiva. Comenzó á usarse el tambor.

En el siglo siguiente había en Sevilla cerca de 60.000 telares de seda, desconocidos en Francia hasta el principio del siglo XIV, y en Inglaterra hasta el año 1838. En este siglo se inventan las notas de música.

Siglo XII. — Comienza el uso de las máquinas de guerra, conocidas hoy por cañones, compuestas de duelas de hierro, según algunos. Lo que no dicen es en qué forma se usaban, puesto que la pólvora no se conoció hasta cerca de dos siglos después. En este siglo dieron principio las corridas de toros.

El cultivo de la poesía en romance se generalizó en España en el siglo XII. Los judíos dan á conocer las letras de cambio. Comienza el uso de los lentes y se descubre la brújula (1260).

Siglo XV. — Son célebres los arcabuces que se construyen en Madrid. — Se inventa la imprenta en Alemania, y se establecen en España imprentas: en Valencia, en 1474; en Barcelona y Zaragoza, en 1475; en Sevilla, 1476, y otra en Salamanca, en 1481. — Se da aplicación á la aguja magnética. — Se coloca en España, en la Giralda de Sevilla, el primer relój de torre (1400), y se comienza el grabado con buril (1468). — Se generalizan los mapas. — Colón descubre el Nuevo Mundo. — Comienzan á pulirse los diamantes en 1478, y se establecen los correos.

Siglo XVI. — Hernán Cortés envía á España simiente de tabaco, cuyo uso se generaliza pronto. Se introducen en España los alfileres, se importa el cacao, se establecen loterías, se edifica el monasterio del Escorial; Blasco de Garay, en 17 de Junio de 1543, ensaya el vapor en Barcelona en el buque *Trinidad*; comienza el uso de carruajes. Se hace uso de los cohetes en la guerra, y M. Pedro Ponce de León inventa el modo de instruir á los sordo-mudos.

Siglo XVII. — Se inventa el termómetro. Cervantes publica su *Quijote*; se generaliza el uso del chocolate y café, y se importa á España del Perú la quina.

Siglo XVIII. — Franklin inventa el pararrayos; se descubre la litografía en 1794. Volta descubre la pila eléctrica en 1794, y se dan varias aplicaciones al platino.

Siglo XIX. — Se aplica el vapor á la locomoción terrestre. Se conoce el telégrafo y se pretende dar dirección á los globos.

TIPOGRAFIA GUTENBERG
Á CARGO DE MANUEL SALAMANQUÉS
Calle de Villalar, 5.